



LA GRAN MASCARADA



TODOS ANIBALES...

¿Pásmanse las gentes sencillas de que Vincenti, candidato a la cartera de Instrucción pública el día que las tribus vagabundas del partido liberal lleguen a la tierra de promisión, haya dicho en pleno Parlamento que la Atlántida existía en la

Edad Media y que Velázquez adquirió fama en el siglo XIV, y los cinco ó seis eruditos que frecuentan la tribuna de la Prensa del Congreso se maran villan de que un director de periódico y diputado a Cortes, Azzati y Descalci, confunda lastimosamente á Atila con Anibal.

Es tener ganas de murmurar sin fundamento y de alterarse por no estar quietos. ¿Qué pretenden esas gentes y esos periodistas que se maravillan? ¿Ha de ser el Congreso de los diputados accesible únicamente para los genios de la Enciclopedia?

Se puede ser un buen ministro de Instrucción pública sin tener nociones de lo que fué la Atlántida y la Historia Universal no hace maldita la falta para defender á Lerroux en un debate parlamentario.

Si la mayor parte de los que se ríen de los disparates de Vincenti hubiesen pasado el primer tercio de su vida dándole al Hugues en una estación telegráfica de provincias y el segundo tercio cuidando al suegro y desempeñando cargos públicos, como el yerno ilustre de Montero Ríos, veríamos la cultura de que hacían gala esos seres burlones que alardean de superioridad porque tuvieron tiempo de leer los almanaques ilustrados del Bailly-Bailli re.

Con Azzati la injusticia es más notoria. Imagínense lo que puede dar de sí un ciudadano recién traducido del italiano por Blasco Ibáñez, un *bambino* que se tuvo que ganar la vida dirigiendo periódicos en la época en que los demás mortales van á la escuela para instruirse en las primeras letras.

La sociedad es cruel, inexorable, brutalmente despiadada; niega á sus hijos lo necesario para que cultiven la inteligencia y después repele al analfabeto. Es la ma-



Maura.—¡Ja! ¡ja! ¡Qué no me conoces!
Cam. ó.—¡Je! ¡je! ¡Y tú á mí, menos!

dre viciosa que siente repugnancia por los seres deformes que albergaron sus entrañas impuras.

Se me dirá que Azzati, mejor que hijo, es una especie de entenado; pero yo contestaré que Vincenti ya no se encuentra en el mismo caso y que en el Congreso y en todos los ramos de la Administración y en todas las esferas sociales abundan los españoles de buena cepa y de legítimo abolengo nacional que saben mucho menos que Azzati y que Vincenti, y todo ¿por qué? Pues porque nuestros Ayuntamientos se han poblado de Zurdos, porque entre nuestras clases directoras todo el mundo es Mundi y nuestros Gobiernos han sido, son y serán verdaderos Giner de los Ríos en concepto de calamidades públicas.

Realmente deja mucho que desear el nivel de cultura de la mayor parte de nuestros parlamentarios, y á mí á veces me duele que se digan ciertos disparates de calibre en plena Cámara por una razón de amor propio nacional que los lectores justificarán sin duda. También, con permiso de don López Ballesteros, tiene uno su miajita de patriotismo.

Si se suprimiese la tribuna del Cuerpo diplomático y todos los concurrentes á las sesiones del Congreso fuésemos gente de casa, no me importaría; pero apenas el alma ver allí á representantes de potencias, más ó menos acreditadas, que se rien escuchando los discursos.

Ya que el día de la interrupción Maciá encontré muy censurable que los diputados inconsistentes se indignasen, me sentí más corajudo que Romanones cuando cree que peligra la integridad de la patria, la tarde en que Azzati se hizo un lío hablando de Aníbal y de Atila, y todo por el detalle de que estuviese en la tribuna diplomática Ruben Darío, ministro plenipotenciario de Nicaragua. Ruben Darío se reía de una manera desconsiderada y llegó hasta el extremo de apretarse el abdomen con las manos como si temiera quebrarse. Este detalle, que, por cierto, me pareció muy poco cancilleresco, me excitó hasta el extremo de que me entraron ganas de contárselo á López Domínguez para que se levantara en el Senado á pedir que declaremos la guerra á Nicaragua.

Por fortuna, no me trató con López Domínguez y aún le huyo cuando le veo, porque sé que amenazó con ensartarme como si fuese un pollo desde que conté en EL DILUVIO ILUSTRADO sus aventuras amorosas con doña Ursula, la tiple aquella del teatro de la Zarzuela. He aquí por cuanto la ignorancia de Azzati pudo traernos un *casus belli*, que sería muy de lamentar ahora que aun carecemos de escuadra.

Así como existe en el Congreso, espléndidamente pagado, un cuerpo de redactores que tiene el deber de corregir las barbaridades que han dicho los señores diputados antes de que se publiquen en el *Diario de Sesiones*, no costaría nada organizar



La presidencia de la becerrada escolar benéfica que se celebró el domingo último en las Arenas. Las señoritas Bonet, Fargas, Muñoz y Nebot realizaron la fiesta taurina con su presencia en el palco presidencial.

otro de auditores que previamente examinasen los apuntes de los que han de hacer uso de la palabra y les ilustraran en todos aquellos puntos que se prestan á las grandes meteduras de pata.

Evitaríamos de esta manera el ridículo — como dicen los anuncios de las academias de baile — y se detendría algo el desmoronamiento de la que fué gloriosa tribuna.

Rubaudonadeu, que en materias filológicas no es un purista que digamos, me lo decía la otra tarde oyendo con escándalo el discurso de Vicenti.

— ¡En mis tiempos á veces el calor de la discusión era causa de que se pronunciase algún vocablo poco parlamentario; pero no se decían tantas bestialidades como ahora, porque, quién más quién menos, antes de venir al Congreso había pasado por la escuela.

Tiene razón Rubaudonadeu: el parlamentarismo degenera. Salvo excepciones bien contadas, hoy están en mayoría los *anibaes*.

Madrid—Febrero.

TRIBOULET.





Invitados que asistieron al acto inaugural del Asilo-Cuna que para los hijos de las obreras de su fábrica ha fundado el marqués de Alella, rasgo generoso que le hace acreedor á los plácemes de sus conciudadanos.

SIEMPRE LO MISMO

Hace pocos días, contra mi costumbre, entré en un café, y para *hacer tiempo* pedí al camarero un periódico. Después de un largo rato de lectura me apercibí de que estaba leyendo un periódico del año pasado.

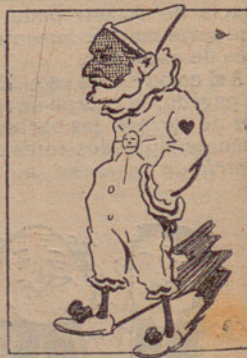
—Creí—me respondió el camarero con aire soñador—que el señor no lo notaría. Cuatro parroquianos lo han leído antes que usted y ninguno lo ha notado.

Exigí el periódico del día y no tardé en reconocer que el camarero tenía razón. Volví á leer lo que ya había leído. Las mismas luchas políticas, los mismos discursos de las Cámaras, los mismos elogios, críticas, robos y producciones literarias acompañadas de las mismas felicitaciones y golpes de incensario.

—¿En qué consistirá—decía yo en mis adentros—que leamos siempre las mismas cosas sin que

dar hartos? Todos los días nos ponemos las botas y nos lavamos la cara y esto no nos hace prorrumpir en gritos de admiración ni de júbilo. Conocemos de antemano las peripecias de la farsa política, el bagaje literario de nuestros escritores, etc., etc. Sin embargo, cada año los periódicos nos sirven el mismo guisado con idéntica salsa y con las invariables frases de entusiasmo de siempre. Si este camarero me presentara la colección de todos los periódicos que han visto la luz desde mi nacimiento, estoy seguro de que vería desfilar las mismas cosas, los mismos pensamientos é iguales juicios sobre sucesos y personas.

Y no es raro que esto suceda así; lo inverosímil y lo absurdo es que nadie se canse de ello, que espere siempre con avidez lo nuevo y que halle siempre lo mismo, sin pecar de que es lo antiguo.



Máscaras de actualidad.

Quizás estribe en esto la magia y la atracción del periodismo, que, dando siempre vueltas dentro de un circuito donde apenas varía nada, posee el arte de fingir la variedad, de excitar la curiosidad y, lo que es más raro, el que esa curiosidad no se considere de laudada al leer hoy lo que leyó ayer y lo que se leyó hace diez años.

Plegué melancólicamente el periódico pensando, no sin amargura, que mientras viva leeré las mismas crónicas, los mismos artículos *de fondo*, los mismos discursos académicos y parlamentarios, los mismos *toasts* ditirámicos, los mismos elogios fúnebres y que siempre las mismas gentes dirán las mismas cosas a las mismas horas,

como yo todos los días a la misma hora me calzaré las botas y me lavaré la cara.

Y esto hace comprender la eternidad.

Ciertas personas juzgan que se aburrirán en el Paraíso, porque allí se cantarán siempre himnos de gloria. Pero no se paran a considerar que *aquí abajo* nuestros placeres no son más variados que los del Paraíso.

Y bebí la taza de café que tomo todos los días, y que tomaré mañana sin poner un terrón de azúcar más que los que pongo todos los días.

¡Oh, monotonía de la vida!

FRAY GERUNDIO.

UN ACTO IMPORTANTE

Considerando que Maura es un hombre eminentísimo, aunque otra cosa pretendan demostrar sus enemigos;

Considerando que es hombre que en los negocios políticos a todo aquel que le estorba le da una patada y listo;

Considerando que nadie le iguala en lo decidido y que en lo de hacer su gusto es el primero en el siglo;

Considerando que Cierva, carácter fiero y altivo, cuando quiere hacer la suya revienta al *verbo divino*;

Considerando que Armando, ese novelista insípido, hace, cuando se le antoja, de un adoquín un obispo;

Considerando que Augusto, el amable galleguito, nos ha resultado un Necker aumentado y corregido,

y con la Hacienda española, que se halla en grave peligro, hará, si se lo permiten, toda clase de prodigios;

Considerando que Allende, nuestro dormilón amigo, nos asombra por su grande y diplomático instinto;

Considerando que el sastre llamado Fernando Primo, en cuestión de sastrería llegó a ser único y trino...

Resultando que don Segis nos da cada día un mico y que con eso del bloque se está poniendo en ridículo;

Resultando que Montero, cada vez menos explícito, hace algún tiempo que ejerce de Judas con su partido;

Resultando que Melquiades, aunque es un mozo muy listo, ignora que el coqueteo suele tener su castigo;

Resultando que el buen López Domínguez, que don Pepito Canalejas, Romanones, Dávila y otros conspicuos no consiguen entenderse y han destrozado el partido



—No hagas malas suposiciones. Si pudieras verme te cerciorarías de que la honradez está impresa en mi cara.

—Sí, será verdad... pero con muchos errores tipográficos.

que dejó fuerte Sagasta
y que ellos han hecho añicos;
He resuelto, y lo hago público

para escarmiento de pícaros,
que desde hoy me hago maurista,
y así lo fecho y lo firmo.

MANUEL SORIANO.

LA TOS DE IGLESIA

Una revista francesa, *Nature*, publica el curioso artículo siguiente:

«Entré no há muchos días en una de nuestras iglesias: era la hora de vísperas y un cura empezaba á pronunciar un sermón. No creo ofender al predicador afirmando que no tenía la elocuencia de

un Bossuet ó de un Lacordaire; y además el pobre hombre estaba atacado de aфонia, que daba á su tono de voz una expresión doblemente fastidiosa. Uno de los períodos de su plática fué bruscamente interrumpido por un acceso de tos. Y fué como el incendio de un reguero de pólvora: á derecha é iz-



Hebrá armonía mientras puedan los dos llenarse el buche.

quiera los fieles empezaron á toser, á sonarse, en un verdadero concierto de ruidos desagradables. Jamás hubiera creído encontrar en ese auditorio tantas personas resfriadas. Como es lógico, el sermón terminó bien pronto.

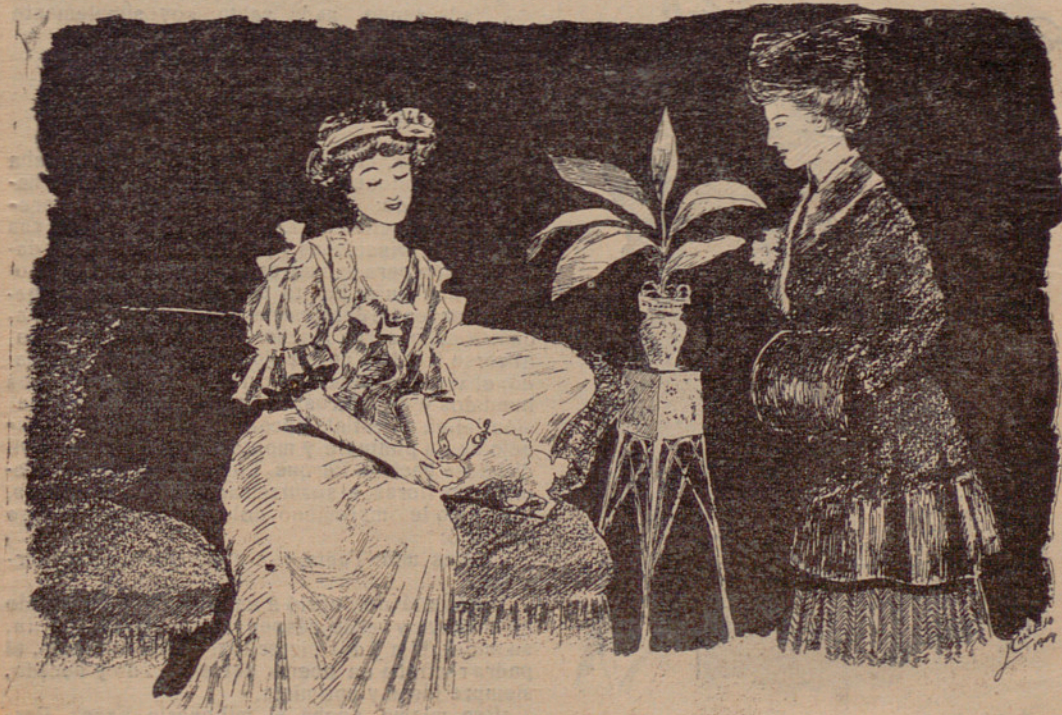
Sin duda habéis presenciado á menudo un espectáculo parecido en cualquier reunión de invierno. En las aulas, en las conferencias y aun en los teatros el contagio de la tos constituye un hecho indiscutible. He leído—no recuerdo dónde—que durante una epidemia de *grippe* en París, en el siglo XV, se suprimieron los sermones en las iglesias por haberse comprobado que los accesos de tos de la asamblea ahogaban la voz de los predicadores. La tos es muy frecuente en las iglesias. ¿No se deberá á que el frío es más penetrante en las amplias naves de las catedrales y que, á pesar de la calefacción, cuando la hay, la temperatura bajo las enormes bóvedas resulta siempre inferior á lo que requieren en invierno nuestras vías respiratorias? ¿Existen esas súbitas ráfagas de aire glacial que provocan la tos impía, *ungodly cough*, como la llama el reverendo pastor Campbell? Tal vez todo se deba á que la atención de los fieles es menos viva cuando el predicador no tiene el don de emocionarlos ni el talento de un verdadero orador. En tal caso la tos sería una señal de cansancio y fastidio, una verdadera enfermedad, no ya de los bronquios ó de la tráquea, sino del cerebro. Y, efectivamente, en el teatro la tos no se generaliza más que cuando la obra, ó al menos parte de ella, decae en su interés, ó cuando la acción es lánguida; entonces se tose y se escupe por todas partes. Los enérgicos *psitt* de los espectadores indignados detienen por un momento el fatal concierto, que enseguida se renueva. Pero si viene una escena patética, un pasaje arrebatador, los ataques

de tos se detienen instantáneamente. Cuéntase que Sardou, oyendo toser al público en un pasaje de una de sus producciones, se hizo la reflexión siguiente: «Bien sabía yo que la escena sería demasiado larga», y le dió un corte muy hábil que la hizo tolerable. Observad que en las audiciones de música se tose menos que en otros sitios.

Es harto difícil explicar esa aparición simultánea de la tos en un gran número de espectadores. Puede culparse á la *grippe*, pero también depende del ataque de falta de buena voluntad. Es sabido que en los sanatorios se llega á modificar notablemente el número de accesos de tos de los tuberculosos llamándoles la atención sobre la inutilidad de esa tos seca, que les fatiga inútilmente. Un director de establecimiento ha logrado reducir el número de accesos obligando á los enfermos á inscribirlos en una tarjeta.

Un médico yanqui, dedicado al estudio de la tos de las iglesias y de los teatros, cree que se trata de una irritación refleja de la oreja sobre la garganta. El oyente hace extraordinarios esfuerzos para escuchar al predicador ó al actor, y esa atención, sostenida durante algún tiempo, degenera en fatiga que provoca el reflejo gútural. Pero, si es así, ¿cómo sucede que la tos no existe ó es muy leve en la buena estación, en que la atención es la misma y los esfuerzos para seguir al orador idénticos en absoluto? Creo que el hecho se explica mejor por una manifestación debida al frío y á la *grippe* y provocada por la falta de interés del sermón ó el espectáculo. Por eso conviene ofrecer al paciente una de esas miríficas pastillas, que le curarán irremisiblemente, y aconsejarle que se acueste en el acto á fin de no molestar á sus semejantes.

D. A. C.



—Tú siempre con tu inseparable «Charito»
—Ya ves, es mi mejor amigo.

EL POETA Y EL MILLONARIO

Hallándose en el lecho de muerte el acaudalado Mr. Braman llamó a sus dos hijos, Edwin y Frank, de dieciocho años el uno y veinte el otro, y les dijo:

—El doctor asegura que sólo me quedan algunas horas de vida; los momentos son, pues, preciosos. Antes de hacer mi testamento quiero saber la carrera que usted es preferen. ¿Cuál es la que tú ambicionas, Edwin?—dijo dirigiéndose al más joven.

El interrogado se aproximó a la cama del enfermo y, con voz apenas perceptible, exclamó:

—Yo quiero ser poeta...

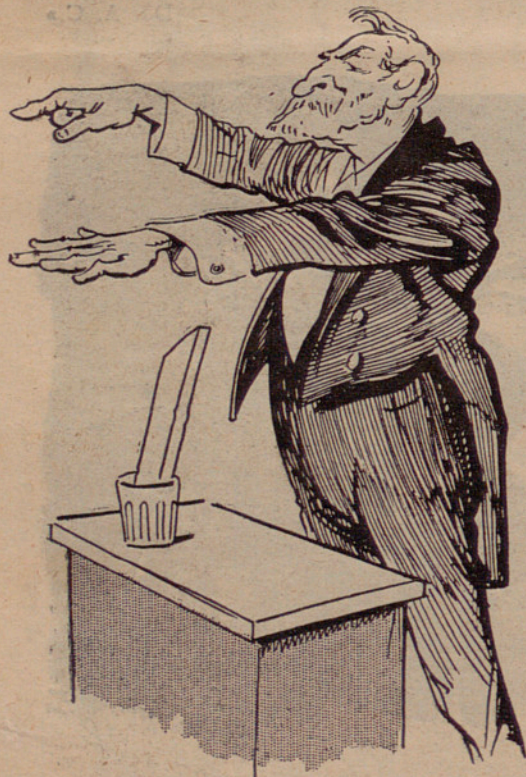
—¡Poeta!—respondió el viejo levantando la cabeza de la almohada—. ¡Poeta! Es decir, ¿un individuo que escribe versos? ¿Un loco que canta a las estrellas y a la luna en los días y las noches nublados? Poeta, ¿eh? ¿Un hombre que sueña despierto y despierta soñando? ¡Excelente profesión para ir a morir en un asilo de mendigos! ¿Y tú, Frank?

—prosiguió el moribundo dirigiéndose a su primogénito:

—Yo aspiro a ser un hombre de negocios—contestó lacónicamente el interpelado.

El millonario dió un suspiro de satisfacción y ordenó a sus hijos que se alejaran. Y por la puerta que ellos salieron entraba momentos después un notario.

Por la boca muere el pez



UNA FRASE DE GINER:

«Si bien es verdad que hubo un Hostafranchs, también hubo un Rubí.»

En el cementerio el poeta recitó una elegía; los circustantes vertieron lágrimas al escucharla. Los dolientes se retiraron conmovidos; las estrofas de Edwin les habían dado en qué pensar. Cuando se abrió el testamento, resultó que el bardo había sido desheredado. A ese castigo póstumo el poeta respondió con un poema llamado *El Perdón*, que fué ávidamente reproducido por la Prensa de los Estados Unidos. Y al terminar el lucrativo período, abandonó la palaciega mansión y retiróse a un humilde cuartucho, entregándose por completo a la existencia precaria del bohemio. Todos le compadecían, especialmente cuando le comparaban con su hermano Frank, cuyo genio para los negocios era admirable.

—Es un loco que irá a morir en un hospital.

Todos los que conocían a Edwin hicieron ese triste vat cinio.

Pero la locura del poeta a todos cautivaba; en cada flor veía un portento, en cada estrella una sublime revelación. Hallaba más encanto en un niño dormido que en una mina cuajada de diamantes. Un día, vagando por el Parque, vió correteando a una muchacha tras de una mariposa. El le ayudó a cogerla, y al entregársela entrególe palpitante su corazón.

—¿Y quién es usted?—preguntó ella sonriendo.

—En otro país me llamarían poeta, pero en el mío soy vagabundo.

La muchacha le miró asombrada y desde luego se interesó por él. ¿Acaso no todos los que la habían cortejado le habían dicho: tengo tanto y valgo tanto?

—Nada tengo, nada valgo; soy simplemente un poeta.

Y no tardaron mucho en casarse.

III.

Entretanto, el hermano del poeta acumulaba dinero a montones. En seguimiento del dólar había encanecido; su fisonomía adquirió una expresión dura y metálica. Era tal el número de sus planes, combinaciones y proyectos, que no le daban tiempo para pensar en otra cosa. Cuando solía ver una mujer bonita pensaba en casarse, pero la imagen se desvanecía al llegar a su despacho. Y así pasaron muchos años hasta que un día, al verse frente a un espejo, retrocedió aterrorizado; el vidrio reflejaba la cara de un viejo, de ojos hundidos y siniestros, rugosas mejillas y expresión felina y bestial. Encolerizado, rompió el espejo de un puntapié y montando en su automóvil dirigióse hacia el Parque. La brisa del mar, el aroma de las flores, el susurrar de los pinos marítimos, todo esto le impresionó dolorosamente. Y luego exclamó:

—¡Dios mío! Tenía razón ese loco de mi hermano!

Y más allá descubrió a una familia almorzando en el suave y verde césped; ¡era el poeta Edwin, su mujer, hija y dos nietecitos! Los niños reían, el padre recitaba un poema entre bocado y bocado, siempre joven y optimista.

¡Esa misma noche el millonario Frank Braman se levantó la tapa de los sesos!

ADOLFO CARRILLO.



DISFRACES DE TODO EL AÑO

Después de una comedia



—Señores, aunque la obra es desastrosa, han estado ustedes muy bien. Pero lo que el público espera impacientemente es la ejecución de este programa.

EL MISTERIO DE LA CLAVE ANTROPOMÉTRICA

(Continuación)

Todo había concluido. Al volver la vista halléme cara á cara con Sebright, que sonreía de una manera diabólica. No sintiéndome dueño de mí, dirigí á otro lado la mirada; allá lejos, la chalupa del agente británico desaparecía, y entretanto *La Estre la de la Mañana*, forzando las máquinas, dejaba atrás bien pronto el Lago Salado.

Por la noche, durante la cena, noté un cambio en la fisonomía de Wilson. Hasta entonces su expresión había sido de ansiedad y de disimulo; ahora su actitud era tranquila y confiada, si bien un poco melancólica. Adiviné que la muerte de Rutherford, por algo todavía inexplicable, le había aliviado algún tanto, pero que sus pensamientos no se apartaban de Betty, hacia la que se sentía irresistiblemente atraído y cuyo dolor no podía menos de despertar su simpatía. Sebright, por su parte, estaba que no cabía en sí de gozo.

Pero Betty no abandonó su camarote durante dos ó tres días. En la mañana del tercero volvió á aparecer sobre el puente. Vestía luto riguroso y estaba palidísima. Noté, además, en su semblante una extraña expresión de dureza que todavía se acentuaba en presencia de Wilson. ¿Por qué permitía ella que tal sujeto se le acercase? Yo estaba seguro que aquello no era un capricho, una coquetería. Casi me daban ganas de vigilar al inglés, ya que en cierto modo la muchacha estaba bajo mi protección. Una vez me aventuré á hablar con ella de esto, pero á la sola alusión á Wilson torció el gesto con impaciencia.

—Comprendo que mi conducta es para usted incomprensible, señor Conway—dijo ella—; pero aguarde. Pronto tendrá la solución de este enigma. Por ahora bástele á usted saber que jamás olvidaré sus bondades ni las del doctor Cairns para conmigo.

Las lágrimas subieron á mis ojos, pero no brotaron. Ella prosiguió:

Mi padre ha puesto en mis manos la terminación de este asunto. Tengo plena confianza en darle fin; pero por ahora no puedo decir nada; antes de que nos encontremos á la vista de Plymouth yo sabré lo que me queda por hacer.

Wilson se aproximó y en voz baja dijo á Betty algunas palabras; ella le siguió inmediatamente para pasearse con él á lo largo de la cubierta. Pasearon juntos casi toda la mañana, y á veces él parecía hablar á la joven con aire persuasivo. Luego tomaron juntos el lunch.

Más tarde, los dos hombres pasaron cerca de mi camarote. Ellos no me vieron y yo oí que Wilson decía á Sebright:

—Ahora que el negocio está asegurado, quiero serle agradable á la joven.

—Entonces, permíteme decirte que tus asiduidades para con la señorita Rutherford no son nada favorables á...

No pude oír más. Esa misma noche Sebright se paseaba solo y de cuando en cuando dirigía miradas de desaprobación hacia la al parecer amorosa pareja. Me acerqué y oí á la señorita Betty que decía:

—Dé usted á mis sentimientos el nombre que le

plazca; pero mi más vivo deseo es poseerla. No se trata de un capricho.

—¡Por Dios!—replicó Wilson con la voz alterada—. ¿No le satisfaría alguna otra cosa? ¡Complacería á usted con tanto gusto!..

—Ninguna.

—¿Y si cedo? ¿y si se la doy?... ¿querrá usted?..

Yo estaba fuertemente intrigado. A la mañana siguiente nos encontrábamos ya cerca de Plymouth. Al aproximarnos al puerto, la señorita Rutherford me preguntó:

—¿Cuándo llegaremos?

—Dentro de una hora, á lo sumo.

—Entonces—dijo ella resueltamente después de unos instantes de reflexión—ha llegado el momento, según las instrucciones que recibí de mi padre, de que yo confíe á usted y al doctor Cairns lo que aún no conocen acerca de nuestro asunto. ¿Quiere usted ir en busca de su amigo y bajar después los dos al camarote de mi padre?

—Ciertamente—contesté yo.

Me dirigí al punto en busca de Cairns y no bien me reuní con él nos apresuramos á bajar al camarote del difunto señor Rutherford, en el cual nos esperaba la joven.

Apenas entramos se levantó ella y fué á colocarse entre la puerta y nosotros.

—No quiero—dijo—cerrar la puerta con llave; pero si vigilaré para que nadie entre aquí. Desde este sitio puedo hacerlo con absoluta seguridad.

Nos miró fijamente y añadió:

—Y ahora voy á descubrir á ustedes la solución del misterio.

Yo no contesté una palabra. En cuanto al doctor, mudo también, miraba á la joven con la mayor curiosidad. Ella continuaba en pie, casi rígida, y, mirándonos sin perder nada de su habitual presencia de espíritu, comenzó:

—Varias veces, señores, me he preguntado qué es lo que ustedes habrán pensado de mí. Yo he puesto en juego, sin tratar de disimularlo, todas las seducciones de que puedo disponer para atraer á Wilson; pero deben ustedes saber que lo he hecho con la sanción y el conocimiento de mi padre, más aún, por su voluntad expresa. El objeto que con semejante táctica me proponía era obtener cierta cosa de él, y yo no contaba absolutamente con otro medio para lograr mi propósito. Sepan ustedes que lo he logrado ya.

La joven metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó de él un medallón de oro.

Una sola mirada me bastó para reconocerle: era el mismo que Wilson llevaba antes colgado, como un dije, de la cadena del reloj.

—¿Y es Wilson el que le ha dado á usted este medallón?—exclamé yo—. Seguramente, señorita, que no habrá llegado usted hasta el extremo de prometerle su mano.

La señorita Rutherford no respondió inmediatamente á mi pregunta; tras una corta pausa, dijo con acento de dulce tristeza:

—Cara he pagado esta alhaja. Por ella he mentido por primera vez en mi vida. Y todavía he hecho más: he consentido en casarme con ese hombre, le he dado mi palabra...

—¿Qué está usted diciendo?—interrumpimos Cairns y yo asombrados.

Betty continuó impassible y como si hablara consigo misma:

—Pero nuestro matrimonio no se realizará nunca... ¡nunca!

Al decir estas palabras había en los ojos de Betty una expresión de energía increíble.

—Señorita, explíquese usted—dijo Cairns con brusquedad.

—Voy á hacerlo y ustedes tratarán de no perder el hilo de mi razonamiento. La trama es un poco embrollada.

Se interrumpió unos instantes. El medallón estaba colocado sobre la mesa y ella le cubría con su mano fina y blanca.

—Mi padre prosiguió—había aceptado el encargo de descubrir y desenmascarar una de las más importantes y peligrosas bandas de anarquistas de Europa, y el objeto á que iban encaminadas todas las maniobras que han debido parecer á ustedes tan extraordinarias era apoderarse de la clave de su cifra. Al mismo tiempo trataba mi padre de hacerles creer que él y yo habíamos fracasado totalmente en nuestra tentativa, á fin de desvanecer sus sospechas, dejándoles enviar cierto despacho cifrado desde Plymouth á Londres. Pues bien; si nosotros, por uno ú otro medio, conseguimos interceptar ese despacho, la banda entera caerá en nuestras manos infaliblemente.

El doctor iba á hablar, pero Betty le detuvo con un gesto.

—Escúchenme ustedes hasta el fin; me parece perfectamente inútil decir á ustedes que semejantes individuos, al adoptar una cifra destinada á asegurar el secreto de su correspondencia, debían poner en la elección de aquélla todos los recursos de su ingenio y de su inventiva. Y eligieron bien; la clave de esa cifra misteriosa que buscamos se encuentra en un cuerpo humano.

—¿Qué dice usted?—exclamó el doctor Cairns, dando un salto en su silla.

—Ustedes deben seguramente conocer, ó por lo menos tener noticias, del sistema Bertillon, que se emplea hace algún tiempo en París y en otras partes para la identificación de los delincentes.

—Es verdad; ¿y...?

—Ahora bien; según los principios en que se apoya ese sistema, un individuo puede ser perfectamente distinguido y reconocido entre otros cincuenta mil, pues es cosa averiguada y comprobada que no existen en el mundo dos hombres cuyas medidas de la cabeza y de las manos sean idénticas. La cifra que, tras innumerables ensayos, aceptaron los anarquistas de quienes tratamos de apoderarnos, fué elegida tomando como base las medidas del cuerpo de su jefe; estas medidas, en un orden que ahora conozco yo, han sido aplicadas á la cifra y la convierten en



—Esta noche haré furor, mamá.

—No te olvides de darme á tu regreso los seis duros de la mensualidad, porque de lo contrario quedas huérfana por quinta vez.

tan impenetrable, en tan inaccesible para los iniciados en el secreto, como no llegaría a serlo ninguna otra clave por ingeniosa y complicada que fuese. Pero sepan ustedes que mi padre llegó a conocer todos estos pormenores; el cómo, es decir, la serie de circunstancias que llevaron a hacer ese descubrimiento, sería una historia demasiado larga. Únicamente les diré que, hace unos cuantos años, y debido más bien a la casualidad que a otra cosa, mi padre se encontró un día en compañía del jefe de la banda anarquista y llegó a descubrir—el azar lo hizo todo—que las medidas de su propio cuerpo y las del jefe de la banda eran exactamente las mismas. El hecho era singularísimo y encerraba por esa misma razón una importancia extraordinaria.

Mi padre entabló relación con el jefe, que era entonces, en apariencia, su amigo. Otro misterio que nunca pudimos aclarar ni mi padre ni yo es cómo llegaron los anarquistas a saber que el cuerpo de mi padre contiene la clave de su cifra; el hecho es que lo saben con toda seguridad.

—Es verdaderamente extraño —no pude menos que decir yo.

—Tan extraño, en efecto, como positivo—confirmó la señorita Betty, satisfecha de ver la atención y el interés con que el doctor y yo escuchábamos su curioso y extraño relato.

—Continúe usted, señorita—dijo mi amigo, que no ocultaba hallarse poseído de vivísima curiosidad.

L. T. MEADE Y R. EUSTACE.

(Concluirá.)



Al fin.

Moles ha pronunciado en el Congreso un gran discurso... que duró tres minutos.

Todavía me parece demasiado.

—¡Vaya una derrota, chico!
—Si he de hablarte con franqueza te diré que esa derrota no me entristece, me alegra.

—Hombre, parece mentira que tengas la desvergüenza de expresarte de ese modo...
¡Mira que si Puig te oyerá!

—¡A él mismo se lo diré si la ocasión se presenta! Un hombre que no nos da ni un cigarrillo siquiera y nos tiene todo el día corriendo de Ceca en Meca...

—El sabe que trabajamos solamente por la idea... y por un puesto en Consumos ó en otro ramo cualquiera.

—¿Y él por qué trabaja el acta? Pá inclinarse á la derecha del bloque, uniéndose con Melquiades y Canalejas.

Si tengo yo una pupila...
—Eso no es ninguna ofensa para nosotros...

—Si es, y me apuesto la cabeza.

Voy a ponerte un ejemplo para que así te convenzas:

¿No se unieron Valentí, Jiménez, Zurdo... y etc. con todos los concejales solidarios de la derecha para absolver á un doctor que es hombre de agarraderas?

—¿Al médico Claramunt?

—Un mediquillo cualquiera comparado con Ferrán, que es todo un hombre de ciencia.

—¡Pues con éste se ensañaron de una espantosa manera!

—¡Pues ahí tienes la frescura que en el Municipio reina!

¿Dónde cabe una injusticia tan notoria como esa?

—¡En eso tienes razón!

—¿Y ha habido una sola oveja del partido que proteste?

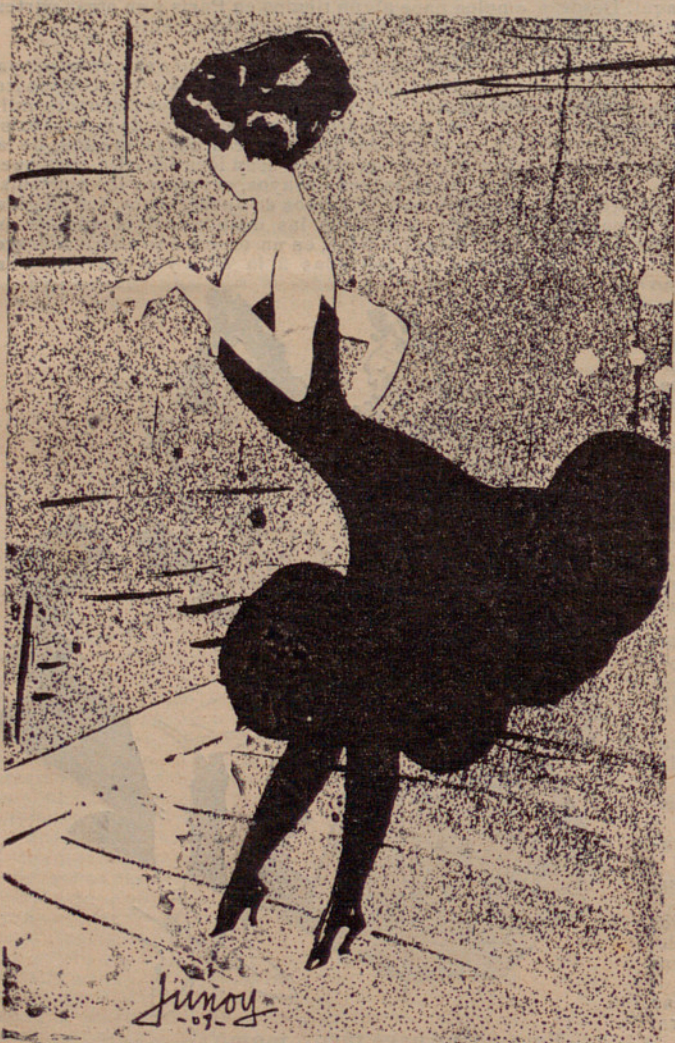
¿No nos parece de perlas lo que hacen nuestros ediles?

—Entonces ¿por qué te quejas?

Créeme, chico, los que aguantan injusticias como esas en moralidad política deben morderse la lengua.

Decididamente el Ayuntamiento quiere emular las glorias del teatro cómico.

En el "concert"



—Todo, todo menos murmurio de besos que ofenda mis oídos. Estos son aún completamente vírgenes.

Pasan allí unas cosas que no podrían pasar en otra parte.

La conclusión del expediente incoado contra el doctor Claramunt es un rasgo humorístico, que, unido con la *Música* del doctor López, ofrece sobrada materia para un libreto jocoso... sin música.

Después de acumular contra el director del Laboratorio gravísimos cargos, la Corporación municipal acuerda castigar á ese ciudadano con un *apercibimiento*.

Es muy poco.

¡Si, al menos, se le apercibiera por boca de un Deibler!

De las demás advertencias los médicos se ríen casi siempre.

Ellos están acostumbrados á dirigirles á sus pacientes, que se guardan muy bien de tenerlas en cuenta.

Unas señoritas han fundado, bajo los auspicios de María Inmaculada, una Asociación que "se propone fomentar la enseñanza cristiana entre las jóvenes de la clase obrera."

¡Lástima que no se incluya en el piadoso patrocinio á los jóvenes obreros!

Yo ya no soy tan mozo, pero también me suscribiría.

Y con mucho gusto.

En el Circo Barcelonés se exhibe una artista en completa *deshabillé* con gran contentamiento de viejos verdes y de jóvenes cálidos que se refocilan en la contemplación de aquellos cuadros *plásticos*... que cada espectador anima en su mente.

Mientras que la hermosa artista adapta sus actitudes á las proyecciones de la linterna, los espectadores, sumidos en la sombra, desahogan su pecho lanzando suspiros y enviando besos á la autora... de toda una revolución orgánica.

Pero ¡ay! los castos oídos de la artista se ofenden con el murmurio de los besos... y la Empresa del *concert*, en la imposibilidad de castigar á los espectadores, venga á la bella despidiendo á un profesor de orquesta acusado del terrible delito de enviar un beso disimuladamente.

¡Un padre de familia despedido por *inmoral*!

¡Oh genialidades de las artistas! Las que no vacilan en exhibir sus formas á las miradas de la multitud se sienten ofendidas por el chasquido de un beso...

Arsène Lupin, metido á terrorista, triunfa en el teatro del mundo.

El astuto bandido tiene amilanada á nuestra policía, que cada vez comete peores desatinos.

La última *plancha* es colosal, reconocida por el propio *Noticiero*.

Se había dado con los tres autores del atentado de la Rambla y á última hora resulta que ninguno de los tres autores es autor y ni siquiera anarquista.

Como único dato positivo para procesarles existía la célebre afirmación de Lacierva ("Se ha detenido á los culpables y serán juzgados"), unida á los indicios imaginados por nuestros Sherlock Holmes. Lógicamente, el fiscal debía desistir de la acusación, que carecía de fundamento, y con igual lógica el tribunal debía poner en libertad á los tres "autores."

Por lo que toca al prestigio de la policía, no se ha mermado en lo más mínimo.

No se puede mermar lo que no existe.

Como era de prever, el *deshabillé* en escena, realizado por Carmen de Villers, resultó muy sugestivo.

Ya quisiera yo ver un *deshabillé* de políticos; pero es imposible.

Esos señores usan demasiados trajes á la vez y si se quitan uno, enseguida aparece el otro.

Y, además, no pueden desnudarse. Dentro no tienen nada.

ROMPECABEZAS

Rompecabezas con premio de libros



Las letras que aparecen sobre el busto colóquense de manera que completen el rostro de este ciudadano inglés.

CHARADAS

De Jac Alarow

La fe todo una dos tres
el dos tres siempre perjura;
y cierto, para ellos, es;
porque es dos tres que asegura
la total del feligrés.

De José Carbonell

Animal es prima tres
segunda prima una fruta,
todo nombre de mujer.

TROMPO NUMÉRICO

De Juan Rocebayera

	5	6			
1	2	3	4	5	
	2	6	1	2	
		3	2		

Sustitúyanse los números por letras de modo que expresen: 1.^a línea, artículo; 2.^a nombre de mujer; 3.^a, atributo humano; 4.^a, negación apocopada.

Concurso núm. 64

Al concurso núm. 63. — LAS POSTALES

Premio de 50 pesetas

Núm. _____

Nombre _____

Domicilio _____

Los que opten al premio deben escribir en el talón que se acompaña un número; las cincuenta pesetas se otorgarán al que envíe el número exacto ó el más aproximado al que en el sorteo correspondiente al 27 del actual obtenga el premio mayor. Dicho sorteo constará de 32,000 billetes. En el caso de que dos ó más envíen el número que obtenga la primera suerte ó se aproximen por igual á él, distribuiráse entre ellos por mitad la referida suma.

Los talones, en los cuales, á más del número, habrá de consignarse el nombre del remitente y su domicilio, deberán ser enviados á nuestra Redacción antes del 25 del corriente mes. En el número del 6 de Marzo daremos cuenta de quien haya obtenido el premio. Cada lector podrá remitir, recortándolos de números de este periódico, los talones que tenga por conveniente.

LOGOGRIFO CHARADÍSTICO

De Francisco Carré

1. ^a	2. ^a	3. ^a	4. ^a	5. ^a	6. ^a	=	Adjetivo.
2. ^a	3. ^a	4. ^a	5. ^a	6. ^a		=	"
2. ^a	3. ^a	4. ^a	5. ^a			=	Verbal.
2. ^a	5. ^a	6. ^a				=	Nombre de varón.
4. ^a	6. ^a					=	Parte del cuerpo.
1. ^a						=	Consonantes.

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 6 de Febrero)

AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

Quintilla
19 de Marzo

A LAS CHARADAS

Contigo
Aviso
Protocolo

AL CUADRADO

U T O R
T O D O
O D A S
R O S A



Han remitido soluciones.—Al concurso número 63 (Las postales): Teresa Batet, Hospital, 98; P. A. Romeo, Urgel, 104, 5.^o, 2.^a; J. Gallissá, rambla del Centro, 5, principal, 5.^a; J. Cabré C., Tamarit, 150; Joaquín Ametller, Urgel, 82, principal; Francesc Faura Pina, paseo de San Juan, 61, 5.^o, 1.^a, y L. Ferrán (no indica el domicilio).

Entre dichos señores se distribuirá por partes iguales el premio de 50 pesetas.

Al rompecabezas con premio de libros: Lucía Andavert, Carmen Andavert, María Andreu Odena, Teresa Batet, José Grogués, José Carbonell (Granollers), F. Masóns, «Una catalana», Juan Benedit, Antonio Torrente Macarulla, Francisco Masjuan Prats, Manuel María Claret, José Cabré C., J. Gallissá, José Fernández, J. Gallissá, Alfredo Chomas, «Luisito», José Cantó, «Un wagneriano», Fernando (a) «Caminallum», Amadeo Rifé Daví, Domingo Altimira (Sabadell), F. Armengol, Francisco Carré, Juan Rocabayera (Granollers), Alvaro Fabregat, P. Aguiló, Pedro Llorens, José Adriá, Luis Ferrán Guillot, A. Morera, Pedro Saicho, Benito María de J. Alsina (Manresa), Pedro Ferrer, Joseph Baradat y Ayllón, H. C. Petroff, J. C. Petroff, R. C. Petroff y José Cervera, J. Roca y Sans, Manuel Cáceres, N. Perbellini, Benito Aguiló, José Recoret y F. Serra.

A la charada primera: «Una catalana», Pedro Muñoz, Juan Ter y Antonio Vilardebó.

A la segunda charada: José Fernández, Antonio Vilardebó y Jacinto López.

A la tercera charada: «Una catalana», P. Aguiló, Jacinto López, Pedro Muñoz y Juan Ter.

Al cuadrado: Pedro Muñoz, Jacinto López, José Fernández, P. Aguiló, Pedro Llorens y Juan Ter.

ANUNCIOS

AVISO CASA ESPECIAL PARA CAMAS y otros muebles á PRECIO DE FABRICA. No comprar sin antes visitar dicha casa. — PLAZA DEL PADRÓ, número 4. —

PRIMER PREMIO

que recomiendan los médicos más eminentes para combatir con éxito seguro la **Neurastenia, Clorosis, Debilidad, Palpitaciones, Convalecencias** y demás enfermedades nerviosas. Se entregará GRATIS una muestra en elegante caja metálica á quien lo solicite al autor. — **E. DOMENECH**, farmacéutico. — Ronda San Pablo 71, Barcelona.

del Excmo. Ayuntamiento de Barcelona lo ha obtenido la farmacia del Dr. Domenech, en donde se elabora el maravilloso tónico reconstituyente **Fosfo-Glico-Kola Domenech**.

Pídale para curar las ENFERMEDADES NERVIOSAS BROMURANTINA AMARGÓS

(nombre registrado del)

ELIXIR POLIBROMURADO AMARGÓS QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la **EPILEPSIA** (mal de Sant Pau), **COREA** (baile de San Vito), **HISTERISMO**, **INSOMNIO**, **CONVULSIONES**, **VERTIGOS**, **JAQUECA** (migraña), **COQUELÚCHE** (catarro de los niños), **PALPITACIONES DEL CORAZÓN**, **TEMBLORES**, **DELIRIO**, **DEVANECIMIENTOS**, **PERDIDA DE LA MEMORIA**, **AGITACIÓN NOCTURNA** y toda clase de **Accidentes nerviosos**.

Farmacia del Dr. AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9.

DOLOR

reumático, inflamatorio y nervioso, se logra su curación completa, tomando el tan renombrado **DUVAL**, que con tan feliz éxito vende la conocida farmacia Martínez; Centro calle de Robado (esquina San Rafael, 2).

NEGOCIOS RÁPIDOS

Se compran muebles
DE TODAS CLASES

Pianos, objetos de arte, colchones y pisos enteros por importantes que sean.

Se pagan bien y al contado

Canuda, 13 y Petritxol, 12

JARABE VERDÚ Demulcente, cura **Petismo; Escrofulismo; Llagas; piernas; garganta; Eczemas; Granos; Caspa.** — Escudillers, 22, Barcelona.

ENRIQUE ARGIMON
AGENTE DE ADUANAS

Pasaje de la Paz, 10, pral.
BARCELONA

A PLAZOS

SIN AUMENTO. Trajes novedad
MOQUÉ, sastre. Doctor Dou, 6, prl.

AGENCIA
DE
POMPAS FÚNEBRES

LA COSMOPOLITA

Ronda Universidad, 31, y Aribau, 17. -- Teléfonos 2,490 y 2,480

Servicio especial para el traslado de cadáveres y restos á todas partes de España y del Extranjero

La Cosmopolita es la Agencia funeraria que más barato trabaja de Barcelona.

Pedid directamente antes que á otra las tarifas de esta casa; son las más económicas.

SERVICIO PERMANENTE

NOTA: La Cosmopolita no está adherida á ningún trust.



Obreros de la fábrica de hllados que el marqués de Alella posee en la barriada de San Andrés de Palomar. Fotografía hecha con motivo de la inauguración del Asilo Cuna destinado á los pequeñuelos de las obreras que trabajan en dicho establecimiento fabril.



La becerrrada de beneficencia organizada en las Arenas de Barcelona por los estudiantes de Medicina con destino á los damnificados por los terremotos de Messina y Reggio. Descebellando un toro.